

Traducción de
EDUARDO L. SUÁREZ

BENEDICT ANDERSON

COMUNIDADES
IMAGINADAS

*Reflexiones sobre el origen
y la difusión del nacionalismo*



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición en inglés, 1983
Segunda edición en inglés, 1991
Primera edición en español
de la segunda en inglés, 1993

**Para Mamá y TANTIETTE
con amor y gratitud**

Título original:
Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism
© 1983, 1991, Benedict Anderson
Publicado por VERSO, Londres y Nueva York
ISBN 0-86091-546-8

cultura Libre
D. R. © 1993, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, S. A. DE C. V.
Carretera Picacho-Ajusco 227; 14200 México, D. F.

ISBN 968-16-3867-0

Impreso en México

X. EL CENSO, EL MAPA Y EL MUSEO

EN LA edición original de *Comunidades imaginadas* escribí que “en las políticas de ‘construcción de la nación’ de los Estados nuevos vemos tan a menudo un auténtico entusiasmo popular nacionalista y una inyección sistemática, incluso maquiavélica, de ideología nacionalista a través de los medios de información de masas, el sistema educativo, las regulaciones administrativas, etc.”¹ Mi miope suposición fue que el nacionalismo oficial, en los mundos colonizados de Asia y de África, había seguido directamente el modelo de los Estados dinásticos de la Europa decimonónica. Ulterior reflexión me ha convencido de que esta idea fue apresurada y superficial, y que la geneología inmediata debe remontarse a las imágenes del Estado colonial. A primera vista, esta conclusión puede parecer sorprendente, ya que los Estados coloniales en general fueron antinacionalistas, a menudo en forma violenta. Pero si miramos más allá de las ideologías coloniales y sus políticas hacia la gramática en que, desde mediados del siglo XIX, se desplegaron, este linaje decididamente se vuelve más claro.

Pocas cosas ponen más de relieve esta gramática que tres instituciones del poder que, aunque inventadas antes de mediar el siglo XIX, cambiaron de forma y de función cuando las zonas colonizadas entraron en la época de la reproducción mecánica. Estas tres instituciones fueron el censo, el mapa y el museo: en conjunto, moldearon profundamente el modo en que el Estado colo-

¹ Véase *supra*, pp. 113-114.

nial imaginó sus dominios: la naturaleza de los seres humanos que gobernaba, la geografía de sus dominios y la legitimidad de su linaje. Para explorar el carácter de este nexo limitaré mi atención en este capítulo al sudeste de Asia, ya que mis conclusiones son tentativas, y mis pretensiones de una especialización seria se limitan a esta región. Sin embargo, el sudeste de Asia ofrece ventajas especiales a quienes tienen intereses históricos comparativos, ya que incluye territorios colonizados por casi todas las potencias imperiales “blancas” —la Gran Bretaña, Francia, España, Portugal, los Países Bajos y los Estados Unidos—, así como el no colonizado Siam. Los lectores que tengan un mayor conocimiento de otras partes de Asia y de África que el mío se encontrarán en mejor posición para juzgar si mis argumentos son sostenibles en un escenario histórico y geográfico más vasto.

EL CENSO

En dos valiosos escritos recientes, el sociólogo Charles Hirschman ha comenzado el estudio de las *mentalités* de los empadronadores coloniales británicos para los Establecimientos de los Estrechos y la Malaya peninsular, y sus sucesores, que trabajaban para el independiente Estado conglomerado de Malaysia.² Los facsímiles de Hirschman de las “categorías de identidad” de sucesivos censos desde finales del siglo XIX hasta hace poco muestran una serie de cambios extraordinariamente rápidos y superficialmente arbitrarios, en que en forma

² Charles Hirschman, “The Meaning and Measurement of Ethnicity in Malaysia: An Analysis of Census Classifications”, *J. of Asian Studies*, 46:3 (agosto de 1987), pp. 552-582, y “The Making of Race in colonial Malaya: Political Economy and Racial Ideology”, *Sociological Forum*, 1:2 (primavera de 1986), pp. 330-362.

continua las categorías son aglomeradas, disgregadas, recombinadas, mezcladas y reordenadas (pero las categorías de identidad políticamente poderosas siempre encabezan la lista). De estos censos, Hirschman saca dos conclusiones principales. La primera es que, al ir acabándose el periodo colonial, las categorías del censo se volvieron más visibles y exclusivamente raciales.³ Por otra parte, la identidad religiosa poco a poco desapareció como clasificación básica del censo. Los “hindúes”—clasificados al lado de los “klings” y los “bengalíes”—se desvanecieron después del primer censo de 1871. Los “parsis” duraron hasta el censo de 1901, en que todavía aparecieron —junto con los “bengalíes”, “birmanos” y “tamiles”— en la vasta categoría “tamiles y otros aborígenes de la India”. Su segunda conclusión es que, en general, las grandes categorías raciales fueron retenidas y hasta concentradas después de la independencia, pero ahora redesignadas y recatalogadas como “malayo”, “chino”, “indio” y “otros”. Y sin embargo, las anomalías continuaron hasta el decenio de 1980. En el censo de 1980 “sij” aún aparecía tímidamente como subcategoría pseudoétnica —junto con “malayali” y “telegu”, “paquistaní” y “bangladeshi”, “tamil de Sri Lanka” y “otros de Sri Lanka”— bajo el rubro general de “indios”.

Pero los maravillosos facsímiles de Hirschman nos alientan a ir más allá de sus inmediatas preocupaciones analíticas. Tomemos, por ejemplo, el Censo de los Estados malayos federados de 1911, que, bajo el rubro

³ Una variedad asombrosa de “europeos” fue enumerada durante toda la época colonial. Pero mientras que en 1881 aún se les agrupaba básicamente bajo el rubro de “residentes”, “flotantes”, y “presos”, para 1911 ya estaban fraternizando como miembros de una raza (la “blanca”). Resulta agradable que, hasta el fin, los empadronadores se mostraran visiblemente incómodos ante la dificultad de dónde colocar a quienes mencionaban como “judíos”.

“Población malaya por raza” enumera los siguientes: “malayos”, “javaneses”, “sakais”, “banjareses”, “boyaneses”, “mendeling” (*sic*), “krinchi” (*sic*), “jambi” “achino”, “bugis” y “otros”. De estos “grupos”, todos, salvo (casi todos) los “malayos” y “sakai” tuvieron su origen en las islas de Sumatra, Java, el sur de Borneo y las Célebes, partes todas ellas de la enorme colonia vecina de las Indias Orientales Holandesas. Pero estos orígenes, ajenos a los Estados malayos federados, no reciben ningún reconocimiento de los empadronadores, quienes al enumerar a sus “malayos” mantienen modestamente baja su pretensión, limitada a sus propias fronteras coloniales. (Huelga decir que, del otro lado de las aguas, los empadronadores holandeses estaban dando una imagen diferente de los “malayos”, como una etnicidad menor, no por encima de los “achinos”, “javaneses” y similares.) “Jambi” y “krinchi” se refieren a lugares, y no a algo que aunque fuese remotamente pudiera identificarse como etnolingüístico. Es muy improbable que, en 1911, más que una minúscula fracción de todos esos catalogados y subcatalogados se hubiese reconocido bajo tales nombres. Estas “identidades” imaginadas por el espíritu (confusamente) clasificador del Estado colonial, aún aguardaba una cosificación que la penetración administrativa imperial pronto haría posible. Además, podemos notar la pasión de los empadronadores por lo bien elaborado y lo claro. De ahí su intolerancia ante las identificaciones múltiples, políticamente “travestidas”, borrosas o cambiantes. De ahí la tenebrosa subcategoría, bajo cada grupo racial, de “Otros” que, no obstante, no deben, en absoluto, confundirse con otros “Otros”. La ficción del censo es que todos están incluidos en él, y que cada quien tiene un lugar —y sólo uno— extremadamente claro. Nada de fracciones.

Este modo de imaginar, por el Estado colonial, tenía

orígenes muy anteriores a los censos del decenio de 1870, de modo que para comprender bien por qué los censos de fines del siglo pasado son, sin embargo, profundamente novedosos, resulta útil remontarse a los primeros días de la penetración europea en el sudeste de Asia. Resultan instructivos dos ejemplos tomados de los archipiélagos filipino e indonesio. En un libro reciente, de importancia, William Henry Scott ha intentado minuciosamente reconstruir la estructura de clases de las Filipinas prehispánicas, con base en los primeros registros llevados por los españoles.⁴ Como historiador profesional, Scott sabe perfectamente que las Filipinas deben su nombre a Felipe II de “España” y que, con un toque de buena o de mala suerte, el archipiélago habría caído en manos holandesas o inglesas, se habría segmentado políticamente, o habría sido re combinado con nuevas conquistas.⁵ Por consiguiente, resulta tentador atribuir su curiosa elección de tema a su larga residencia en las Filipinas y su marcada simpatía a un nacionalismo filipino que, durante un siglo, ha estado en el camino del paraíso original. Pero hay buenas posibilidades de que la base más profunda para este giro de su imaginación fuesen las fuentes de las que tuvo que depender; pues el hecho es que, por doquier en las islas se aventu-

⁴ William Henry Scott, *Cracks in the Parchment Curtain*, capítulo 7, “Filipino Class Structure in the Sixteenth Century”.

⁵ En la primera mitad del siglo XVII, los asentamientos españoles en el archipiélago fueron repetidas veces atacados por las fuerzas de la Vereenigde Oost-Indische Compagnie, la mayor empresa “transnacional” de la época. Para sobrevivir, los piadosos y católicos colonos debieron mucho al archiherético Protector, que durante gran parte de su gestión mantuvo a Amsterdam de espaldas a la pared. Si la VOC hubiese triunfado, Manila y no Batavia (Yakarta) se habría vuelto el centro del imperio “holandés” en el sudeste de Asia. En 1762, Londres arrancó Manila a España y la conservó durante casi dos años. Resulta divertido notar que Madrid la recibió de vuelta a cambio de

raron los primeros clérigos y conquistadores, encontraron en las costas principales, hidalgos, pecheros y esclavos: cuasiestamentos adaptados de las clasificaciones sociales de la Iberia de finales del periodo medieval. Los documentos que dejaron nos ofrecen abundantes testimonios incidentales de que los “hidalgos” casi siempre ignoraban la existencia de los demás en el enorme y disperso archipiélago escasamente poblado y, cuando sabían de los demás, casi nunca se veían unos a otros como hidalgos sino como enemigos o como potenciales esclavos. Pero el poder de la red es tan grande que semejante testimonio queda marginado en la imaginación de Scott y por tanto le resulta difícil ver que la “estructura de clases” del periodo precolonial es una imaginación de “censo”, creada a partir de la época de los galeones españoles. Por doquier iban *ellos*, aparecían hidalgos y esclavos, que sólo podían ser agrupados como tales, es decir, “estructuralmente” por un incipiente Estado colonial.

Para Indonesia tenemos, gracias a la investigación de Mason Hoadley, un relato detallado de un importante caso jurídico que se decidió en el puerto costero de Cirebon, Java, a fines del siglo XVII.⁶ Por buena suerte, aún se dispone de los registros holandeses (de la VOC) y los registros locales cireboneses. Si sólo se hubiesen conservado los archivos cireboneses, nos enteraríamos de que el acusado de asesinato era un alto funcionario del tribunal cirebonés, y sólo por su título de Ki Aria Marta Ningrat, que no es un nombre personal.

Florida y las otras posesiones “españolas” situadas al este del Mississippi. Si las negociaciones hubiesen sido distintas, el archipiélago habría podido quedar políticamente unido a Malaya y a Singapur durante el siglo XIX.

⁶ Mason C. Hoadley, “State vs. Ki Aria Marta Ningrat (1696) y Tian Siangko (1720-21)”, (inédito, 1982).

En cambio, los registros de la VOC lo identifican, furiosamente, como un *chinees*: en realidad, ésta es la información más importante que nos legan. Por ello, es claro que el tribunal cirebonés clasificaba a la gente por su rango y su *status*, mientras la Compañía lo hacía por algo que podríamos llamar “raza”. No hay ninguna razón para pensar que el acusado de asesinato —cuya alta posición prueba su vieja integración y la de sus antepasados a la sociedad cirebonesa, cualesquiera que fuesen sus orígenes— se consideraba a sí mismo como “un” *chinees*. ¿Cómo llegó la VOC a esta clasificación? ¿En qué nave era posible imaginar *chinees*? Sin duda, sólo en esas naves, ferozmente mercantiles que, bajo un mando centralizado, vagabundeaban sin cesar de puerto en puerto entre el golfo de Mergui y la desembocadura del Yang Tse Kiang. Olvidándose de las heterogéneas poblaciones del Reino Medio, de la mutua incomprendibilidad de muchas de sus lenguas habladas, y de los peculiares orígenes sociales y geográficos de su diáspora a través de las costas del sudeste de Asia, la Compañía imaginó, con sus miradas transoceánicas, una serie interminable de *chineses*, como los conquistadores habían visto una interminable serie de hidalgos. Y con base en esta inventiva, el censo empezó a insistir en que aquellos que estaban bajo su dominio a quienes catalogaba como *chineses*, se vestían, residían, casaban, eran enterados y legaban sus propiedades de acuerdo con ese censo. Resulta notable que los ibéricos —que viajaban mucho menos lejos y de mentalidad mucho menos comercial— que había en las Filipinas imaginaran una categoría del censo totalmente distinta: lo que ellos llamaron *sangley*. El *sangley* fue una incorporación al español del *sengly* hokkien, que significa “mercader”.⁷ Po-

⁷ Véase por ejemplo Edgar Wickberg, *The Chinese in Philippine Life 1850-1898*, capítulos 1 y 2.

demus imaginarnos a los españoles encargados del protocenso, atraídos a Manila por el comercio de los galeones, preguntando: “¿Quiénes sois?”, y recibiendo esta sensata respuesta: “Somos mercaderes.”⁸ Los iberos, que no recorrían los siete mares asiáticos, durante dos siglos se quedaron en una niebla conceptual confortablemente provinciana. Sólo muy poco a poco se convirtió el *sangley* en “chino”, hasta que la palabra desapareció a comienzos del siglo XIX, dejando el lugar a un *chino* al estilo de la VOC.

La auténtica innovación del censo del decenio de 1870 no estuvo, pues, en la *construcción* de clasificaciones étnico-raciales sino, antes bien, en su sistemática *cuantificación*. Los gobernantes precoloniales, en el mundo malayo-javanés, habían intentado enumerar las poblaciones que dominaban, pero éstas habían tomado la forma de listas del fisco y listas de reclutamiento. Sus propósitos eran concretos y específicos: seguir la huella de aquellos a quienes se podían fijar impuestos y la conscripción militar, pues esos gobernantes sólo se interesaban en el beneficio económico y en los hombres a quienes se podía poner bajo las armas. Los primeros regímenes europeos de la región no difirieron mucho, a este respecto, de sus predecesores. Pero después de 1850, las autoridades coloniales ya estaban utilizando medios administrativos cada vez más refinados para enumerar a sus poblaciones, incluyendo a mujeres y niños (a quienes los antiguos gobernantes siempre habían pasado por alto), de acuerdo con todo un laberinto de redes que no tenían un propósito financiero o militar inmediato. En los días de antaño, los súbditos elegibles

⁸ El comercio por galeones —del cual Manila fue, durante dos siglos, el *entrepôt*— intercambiaba sedas y porcelana de China por plata de México.

para los impuestos y la conscripción solían estar bien conscientes de su obligación; gobernantes y gobernados se comprendían unos a otros muy bien, aunque antagónicamente. Pero al llegar 1870, una mujer “cochinchina” que no pagase impuestos ni pudiese recibir un fusil, podía pasar la vida, feliz o infelizmente, en los Establecimientos de los Estrechos, sin la menor conciencia de que así se le catalogaba desde arriba. Aquí se hace evidente la peculiaridad del nuevo censo. Intentaba contar minuciosamente los objetos de su febril imaginación. Dada la naturaleza exclusiva del sistema de clasificación, y la lógica de la propia cuantificación, una “cochinchina” había de interpretarse como un dígito en una serie acumulable de “cochinchinas”, repetibles desde luego, dentro de los dominios del Estado. La nueva topografía demográfica echó profundas raíces sociales e institucionales, mientras el Estado colonial multiplicaba su tamaño y sus funciones. Guiado por su mapa imaginado, organizó las nuevas burocracias educativas, jurídicas, de salubridad, de policía y de inmigración que ya estaba formado sobre el principio de unas jerarquías etno- raciales que, sin embargo, siempre fueron interpretadas como series paralelas. El flujo de las poblaciones sometidas a través de toda una confusión de escuelas, tribunales, clínicas, puestos de policía y oficinas de inmigración diferenciales creó unos “hábitos de tráfico” que con el tiempo dieron una verdadera vida social a las anteriores fantasías del Estado.

Huelga decir que aquello no siempre fue fácil, y que el Estado frecuentemente chocó con inquietantes realidades. Con mucho, la más importante de éstas fue la afiliación religiosa, que sirvió de base de unas muy antiguas y muy estables comunidades imaginadas, que no estaban alineadas con el mapa y la red autoritaria del Estado secular. En distintos grados y en diferentes colonias del

sudeste de Asia, los gobernantes se vieron obligados a hacer confusos acomodados, especialmente con el islam y el budismo. Continuaron floreciendo en particular santuarios, escuelas y tribunales, el acceso a los cuales era determinado por elección popular del propio interesado, y no por el censo. El Estado rara vez podía hacer más que tratar de regular, constreñir, contar, estandarizar y jerárquicamente subordinar estas instituciones a la suya propia.⁹ Y precisamente porque los templos, las mezquitas, las escuelas y los tribunales eran topográficamente anómalos, fueron considerados como zonas de libertad y —con el paso del tiempo— como fortalezas, de las cuales podían salir a combatir religiosos, y después nacionalistas anticoloniales. Al mismo tiempo, se hicieron frecuentes esfuerzos por imponer una mejor alineación del censo con las comunidades religiosas, etnicizando —hasta donde fuera posible— política y jurídicamente a estas últimas. En los Estados federados de la Malaya colonial, esta tarea hasta cierto punto fue fácil. Aquellos a quienes el régimen consideraba de la serie “malaya” fueron lanzados a los tribunales de “sus” sultanes castrados, que en parte considerable eran administrados de acuerdo con la ley islámica.¹⁰ Así, “islámico” fue considerado simplemente como otro nombre para decir “malayo”. (Sólo después de la independencia, en 1957, ciertos grupos políticos hicieron esfuerzos por invertir esta lógica, interpretando “malayo” simplemente como otro nombre de “islámico”.) En las vastas y heterogéneas Indias Holandesas, donde para fines del periodo colonial toda una variedad de organizaciones misione-

⁹ Véase el capítulo 7, *supra* (p. 125) para una mención de la lucha del colonialismo francés por apartar el budismo en Camboya de sus viejos nexos con Siam.

¹⁰ Véase William Roff, *The Origins of Malay Nationalism*, pp. 72-74.

ras, en continua disputa, habían logrado considerables conversiones en zonas muy dispersas, un impulso paralelo tropezó con obstáculos mucho mayores. Y sin embargo, aun ahí, los decenios de 1920 y 1930 presenciaron el crecimiento de cristianidades “étnicas” (la Iglesia de Batak, la Iglesia de Karo, y después la Iglesia de Dayak, etc.) que crecieron, en parte, porque el Estado asignó zonas de proselitismo a distintos grupos misioneros, de acuerdo con su propia topografía del censo. Con la Batavia islámica no tuvo un éxito comparable. No se atrevió a prohibir la peregrinación a La Meca, aunque sí trató de evitar que aumentara el número de peregrinos, vigiló sus viajes y los espía desde cierto puesto avanzado, en Jeddah, construido ex profeso. Ninguna de estas medidas logró impedir la intensificación de los contactos de los indios musulmanes con el vasto mundo exterior del Islam, especialmente con las nuevas corrientes de pensamiento que emanaban de El Cairo.¹¹

EL MAPA

Sin embargo, mientras tanto El Cairo y La Meca empezaban a ser visualizados de una extraña manera nueva, ya no simplemente como sitios de una geografía musulmana sagrada, sino también como puntos en unas hojas de papel que incluían otros puntos que señalan a París, Moscú, Manila y Caracas; y la relación aérea, entre estos puntos, indiferentemente profanos o sagrados, no era determinada por nada que fuese más que matemáticamente calculado a vuelo de pájaro. El mapa mercatoriano, llevado por los colonizadores europeos,

empezaba, gracias a la imprenta, a moldear la imaginación de los asiáticos del Sudeste.

En una tesis brillante, reciente, el historiador tailandés Thongchai Winichakul ha seguido los complejos procesos por los cuales surgió un “Siam” limítrofe, entre 1850 y 1910.¹² Su versión es instructiva precisamente porque Siam no fue colonizado aunque las que, a la postre, llegaron a ser sus fronteras, sí quedaron colonialmente determinadas. En el caso de los tailandeses, por consiguiente, podemos ver con insólita claridad el surgimiento de una nueva mentalidad estatal dentro de una estructura “tradicional” de poder político.

Hasta el ascenso al poder, en 1851, del inteligente Rama IV (el Mongkut de *El rey y yo*), sólo dos tipos de mapas existían en Siam, y ambos eran hechos a mano: aún no llegaba la época de la reproducción mecánica. Uno de ellos es lo que podría llamarse una “cosmografía”, una representación formal y simbólica de los Tres Mundos de la cosmografía budista tradicional. La cosmografía no estaba organizada horizontalmente, como nuestros mapas; antes bien, una serie de cielos supraterrrestres y de infiernos subterrestres se incrustaban en el mundo visible a lo largo de un solo eje vertical. No servía para viajar, salvo en busca del mérito y la salvación. El segundo tipo, totalmente profano, consistía en unas guías diagramáticas para campañas militares y barcos costaneros. Organizado, poco más o menos, siguiendo el cuadrante, sus principales rasgos eran notas escritas, sobre los tiempos más propicios para ponerse en marcha o para hacerse a la vela, necesarias porque los cartógrafos no tenían una concepción técnica de la escala. Abarcando sólo el espacio terrestre y profano, por

¹¹ Véase Harry J. Benda, *The Crescent and the Rising Sun*, capítulos 1-2.

¹² Thongchai Winichakul, “Siam Mapped: A History of the Geobody of Siam” (tesis doctoral, Universidad de Sydney, 1988).

lo general se les dibujaba en una extraña perspectiva oblicua o mezcla de perspectivas, como si los ojos del dibujante, acostumbrados por la vida diaria a ver de manera horizontal el paisaje al nivel del ojo, sin embargo fuesen influidos subliminalmente por la verticalidad de la cosmografía. Thongchai hace ver que estos mapas-guías, siempre locales, nunca quedaban situados en un contexto geográfico más grande y estable, y que la convención de la “vista panorámica” de los mapas modernos les era del todo ajena.

Ninguno de los dos tipos de mapas marcaba las fronteras. Sus creadores habrían considerado incomprensible la siguiente formulación, tan elegante, de Richard Muir:¹³

Situadas en los límites entre los territorios estatales adyacentes, las fronteras internacionales tienen una significación especial para determinar los límites de la autoridad soberana y definir la forma espacial de las regiones políticas contenidas [...] fronteras [...] aparecen donde las entrecaras verticales que hay entre las soberanías estatales intersecan la superficie de la Tierra [...]. Como entrecaras verticales, los límites no tienen extensión horizontal [...].

Los hitos y marcas semejantes existían, y en realidad se multiplicaron a lo largo de los límites occidentales del reino, cuando los ingleses empezaron a presionar, desde la Baja Birmania. Pero estas piedras se colocaban discontinuamente, en pasos de montaña y vados estratégicos, y a menudo estaban a considerables distancias de las piedras correspondientes, colocadas por el adversario. Se les interpretaba horizontalmente, al nivel del ojo, como puntos de extensión del poder real; no “desde el aire”. En el decenio de 1870 empezaron los dirigentes

¹³ Richard Muir, *Modern Political Geography*, p. 119.

tailandeses a pensar en los límites como segmentos de una línea continua que no correspondía a nada visible en la tierra, sino que demarcaba una soberanía exclusiva, colocada entre otras soberanías. En 1874 apareció el primer libro de texto de geografía, obra de J. W. Van Dyke, misionero norteamericano: un temprano producto del capitalismo de imprenta que por entonces invadía a Siam. En 1882, Rama V estableció una escuela especial de cartografía en Bangkok. En 1892, el príncipe Damrong Rajanuphab, ministro de Educación, al inaugurar un sistema escolar al estilo moderno para todo el país, hizo que la geografía fuese materia obligatoria en la enseñanza secundaria. Cerca de 1900 se publicó *Phumisat Sayam* [Geografía de Siam], obra de W. G. Johnson, modelo de todas las demás geografías impresas del país a partir de entonces.¹⁴ Thongchai observa que la convergencia vectorial del capitalismo de imprenta con la nueva concepción de la realidad espacial presentada por estos mapas ejerció un efecto inmediato sobre el vocabulario de los políticos tailandeses. Entre 1900 y 1915, las tradicionales palabras *krung* y *muang* casi desaparecieron, porque se referían a unos dominios de acuerdo con capitales sagradas y centros de población visibles y discontinuos.¹⁵ En su lugar apareció *prathet*, “patria”, que la imaginaba en los términos invisibles de un espacio territorial limitado.¹⁶

Como los censos, también los mapas al estilo europeo sirvieron con base en una clasificación totalizadora, y empujaron a sus burocráticos impresores y consu-

¹⁴ Thongchai, “Siam Mapped”, pp. 105-110, 286.

¹⁵ Para un estudio completo de las antiguas concepciones de poder en Java (que, con diferencias pequeñas, correspondían a las existentes en el Antiguo Siam), véase mi obra *Lenguaje and Power*, capítulo 1.

¹⁶ Thongchai, “Siam Mapped”, p. 110.

midores hacia la política, con consecuencias revolucionarias. Desde la invención del cronómetro (por John Harrison en 1761) que hizo posible el cálculo preciso de longitudes, toda la superficie curva del planeta había estado sometida a una red geométrica que cuadrículaba mares vacíos y regiones inexploradas, en recuadros medidos.¹⁷ La tarea, por decirlo así, de “llenar” estos recuadros, sería realizada por exploradores, agrimensores y fuerzas militares. En el sudeste de Asia, la segunda mitad del siglo XIX fue la edad de oro de los agrimensores militar-coloniales y, poco después, thai. Ya estaban en camino para poner el espacio bajo esa misma vigilancia que los empadronadores estaban tratando de imponer a las personas. Triangulación por triangulación, guerra por guerra, tratado por tratado, avanzó la alineación del mapa y el poder. En las atinadas palabras de Thongchai:¹⁸

De acuerdo con casi todas las teorías de la comunicación y el sentido común, un mapa es una abstracción científica de la realidad. Un mapa sólo representa algo que ya existe objetivamente “ahí”. En la historia que he descrito, esta relación se invirtió. El mapa se anticipaba a la realidad espacial, y no a la inversa. En otras palabras, un mapa era un modelo para lo que pretendía representar, en lugar de ser un modelo de esto [...]. Llegó a ser un instrumento real para concentrar las proyecciones sobre la superficie de la Tierra. Un mapa era necesario, ahora, para los nuevos mecanismos administrativos y para las tropas para reforzar sus pretensiones [...]. El discurso de los mapas fue el paradigma dentro del cual funcionaron y sirvieron las operaciones administrativas y militares.

¹⁷ David S. Landes, *Revolution in Time: Clocks and the Making of the Modern World*, capítulo 9.

¹⁸ “Siam Mapped”, p. 310.

Para el cambio del siglo, con las reformas del príncipe Damrong en el Ministerio del Interior (buen nombre para hacer mapas), la administración del reino por fin fue colocada sobre una base enteramente territorial-cartográfica, siguiendo la práctica anterior de las colonias vecinas.

Sería imprudente pasar por alto la decisiva intersección habitada entre el mapa y el censo, pues el nuevo mapa sirvió firmemente para acabar con la serie infinita de “hakkas”, “srilankanos no tameses” y “javaneses” que el aparato formal del censo conjuraba, delimitando territorialmente el lugar donde, para fines políticos, terminaba. A la inversa, por una especie de triangulación demográfica, el censo vino a llenar en lo político la topografía formal del mapa.

De estos cambios surgieron dos últimas modificaciones de los mapas (instituidas ambas por el tardío Estado colonial), que directamente prefiguran los nacionalismos oficiales del sudeste de Asia en el siglo XX. Consciente por completo de su condición de intrusos en los trópicos lejanos, pero llegados de una civilización en que la herencia y la transferibilidad legales del espacio geográfico estaban ya establecidas,¹⁹ los europeos con frecuencia intentaron legitimar la difusión de su poder por métodos casi legales. Entre los más frecuentes de éstos se encontraron su “herencia” de las soberanías putativas de gobernantes aborígenes a quienes los eu-

¹⁹ No me refiero tan sólo a la herencia y venta de propiedades privadas de tierras, en el sentido habitual. Más importante fue la práctica europea de las transferencias políticas de tierras, con sus poblaciones, por medio de matrimonios dinásticos. Al casarse, las princesas llevaban ducados y pequeñas principalidades a sus maridos, y esas transferencias eran formalmente negociadas y “firmadas”. La frase *Bella gerant alii, tu, felix Austria, nube*, habría sido inconcebible para cualquier Estado en el Asia precolonial.

ropeos habían eliminado o sometido. De una manera u otra, los usurpadores estaban dedicados a la tarea (en especial ante otros europeos) de reconstruir la historia de la propiedad de sus nuevas posesiones. A ello se debió la aparición, en especial a fines del siglo XIX, de los “mapas históricos”, destinados a demostrar en el nuevo discurso cartográfico la antigüedad de unas unidades territoriales específicas delimitadas con claridad. Por medio de secuencias cronológicamente dispuestas de tales mapas surgió una especie de narrativa político-biográfica del reino, a veces con vastas profundidades históricas.²⁰ A su vez, esta narrativa fue adoptada y a menudo adaptada por las naciones-Estado que, en el siglo XX, serían los legatarios de los Estados coloniales.²¹

La segunda transformación fue la del mapa como logotipo. Sus orígenes fueron bastante inocentes: la práctica de los Estados imperiales de colorear sus colonias en los mapas, con un teñido imperial. En los mapas imperiales de Londres, las colonias británicas a veces solían aparecer en rosa y rojo, las francesas, en púrpura y azul, las holandesas entre amarillo y marrón, etc. Teñida de este modo, cada colonia parecía ser una pieza separable de un rompecabezas. Al volverse normal este

²⁰ Véase Thongchai, “Siam Mapped”, p. 387, sobre la absorción de este estilo de imaginar por la clase gobernante tailandesa. “Según estos mapas históricos, además, el geocuerpo no es una particularidad moderna sino que se remite más de 100 años atrás. De este modo, los mapas históricos ayudaron a rechazar toda sugestión de que la nación sólo había surgido hacia poco, lo que excluía la perspectiva de que el actual Siam fuese un resultado de rupturas. Lo mismo ocurrió a toda idea de que a la relación entre Siam y las potencias europeas se debía el origen de este Siam.”

²¹ Esta adopción no fue ninguna treta maquiavélica. Los primeros nacionalistas en todas las colonias del sudeste de Asia tuvieron sus conciencias profundamente estimuladas por el “formato” del Estado colonial y sus instituciones. Véase el capítulo VII, *supra*.

efecto de “rompecabezas”, cada “pieza” podía separarse por completo de su contexto geográfico. En su forma final, se podían suprimir sumariamente todas las glosas explicativas: las líneas de longitud y latitud, los nombres de lugares, las señales de los ríos, mares y montañas, los *vecinos*. Señal pura, ya no brújula para el mundo. De este modo, el mapa entró en una serie infinitamente reproducible, que podía colocarse en carteles, sellos oficiales, marbetes, cubiertas de revistas y libros de texto, manteles y paredes de los hoteles. El mapa-logotipo, al instante reconocido y visible por doquier, penetró profundamente en la imaginación popular, formando un poderoso emblema de los nacionalismos que por entonces nacían.²²

La Indonesia moderna nos ofrece un excelente y doloroso ejemplo de este proceso. En 1828, el primer asentamiento holandés, que pronto fue atacado por la fiebre, se estableció en la isla de Nueva Guinea. Aunque en 1836 hubo que abandonar el lugar, la Corona holandesa proclamó su soberanía sobre la parte de la isla que se encontraba al oeste de los 141 grados de longitud (línea invisible que no corresponde a nada en la realidad, pero que se basaba en los decrecientes espa-

²² En los escritos sobre las Filipinas de Nick Joaquín, sobresaliente hombre de letras —e indudable patriota— podemos ver cuán poderosamente influía el emblema sobre la inteligencia más refinada. Del general Antonio Luna, trágico héroe de la pugna contra los yanquis en 1898-1899, escribe Joaquín que corrió a “desempeñar el papel que había sido instintivo en el criollo durante tres siglos: la defensa de la forma de las Filipinas ante un invasor extranjero”. *A Question of Heroes*, p. 164 (las cursivas son mías). En otra parte observa, con asombro, que los “aliados, conversos y mercenarios filipinos (de España) enviados contra el rebelde filipino habrían podido mantener español y cristiano el archipiélago, pero también le habrían impedido disgregarse”; y que “estaban luchando (cualquier cosa que se hubiesen propuesto los españoles) para mantener unido al filipino”. *Ibid.* p. 58.

cios en blanco de Conrad), con excepción de algunos estrechos costeros, que se consideraban pertenecientes a la soberanía del sultán de Tidore. En 1901, La Haya compró al sultán la Nueva Guinea occidental y la incorporó a las Indias Holandesas, a tiempo para la "logoización". Grandes partes de la región siguieron tan blancas como pudiera desearlas Conrad hasta después de la segunda Guerra Mundial; el puñado de holandeses eran en su mayoría misioneros, buscadores de minerales y guardianes de los campamentos-prisiones especiales para los nacionalistas indonesios más radicales. Las marismas situadas al norte de Merauke, en el extremo sudoriental de la Nueva Guinea holandesa, fueron elegidas como lugar para esas instalaciones, precisamente porque la región fue considerada como apartada por completo del resto de la colonia, y la población local, "de la edad de piedra", se consideró incontaminada por el pensamiento nacionalista.²³

El internamiento, y a menudo el enterramiento, de los nacionalistas mártires dio a la Nueva Guinea occidental un lugar preeminente en el folklore de la pugna anticolonial, convirtiéndola en sitio sagrado de las imágenes nacionales: Indonesia Libre, desde Sabang (en el extremo noroccidental de Sumatra) hasta —¿dónde, si no?— Merauke. No importaba que, con excepción de los pocos centenares de reos, ningún nacionalista hubiese visto jamás la Nueva Guinea con sus propios ojos hasta llegar al decenio de 1960. Pero los mapas-logos coloniales holandeses se difundieron por la colonia, mostrando una Nueva Guinea occidental *con nada al Este*, y reforzando inconscientemente los nexos imaginados en desarrollo. Y cuando, en la secuela de las enconadas

²³ Véase Robin Osborne, *Indonesia's Secret War, The Guerrilla Struggle in Irian Jaya*, pp. 8-9.

guerras anticoloniales de 1945-1949, los holandeses se vieron obligados a ceder la soberanía del archipiélago a unos Estados Unidos de Indonesia, intentaron (por razones que no nos interesan explicar aquí) volver a separar la Nueva Guinea occidental, mantenerla por un tiempo bajo un régimen colonial y prepararla para su condición de nación independiente. En 1963 se abandonó esta empresa, como resultado de la fuerte presión diplomática de los Estados Unidos y de las incursiones militares de Indonesia. Sólo entonces el presidente Sukarno visitó por vez primera, a la edad de 62 años, una región acerca de la cual había hablado infatigablemente durante cuatro décadas. Las siguientes y difíciles relaciones entre las poblaciones de la Nueva Guinea occidental y los emisarios del independiente Estado indonesio pueden atribuirse al hecho de que los indonesios consideraban, más o menos sinceramente, estas poblaciones como "hermanas", mientras que las poblaciones mismas, en su mayoría, ven las cosas de muy distinto modo.²⁴

Esta diferencia debe mucho al censo y al mapa. La lejanía y el difícil terreno de Nueva Guinea crearon a lo largo de milenios una extraordinaria fragmentación lingüística. Cuando los holandeses abandonaron la zona

²⁴ Desde 1963, ha habido muchos episodios sangrientos en la Nueva Guinea occidental (hoy llamada Irian Jaya: Gran Irian), en parte como resultado de la militarización del Estado indonesio desde 1965, en parte por las actividades guerrilleras, intermitentemente eficaces, de la llamada OPM (Organización por una Papúa Libre). Pero estas brutalidades no son nada comparadas con la barbarie de Yakarta en el Timor Oriental ex portugués, donde en los tres años que siguieron a la invasión de 1976 se calcula que un tercio de la población de 600 000 murió por la guerra, el hambre, las enfermedades y el "re-asesentamiento". No creo que sea un error sugerir que la diferencia se deriva en parte de la que del Timor Oriental no aparecía en el logotipo de las Indias Orientales Holandesas y, hasta 1976, en el de Indonesia.

en 1963, calcularon que dentro de una población de 700 000 existían bastante más de 200 lenguas, casi todas ellas ininteligibles entre sí.²⁵ Muchos de los grupos “tribales” más remotos ni siquiera estaban enterados de la existencia de los demás. Pero, en especial después de 1950, misioneros y funcionarios holandeses por primera vez hicieron serios esfuerzos por “unificarlos”, levantando censos, extendiendo las redes de comunicación, estableciendo escuelas y elevando estructuras gubernamentales supra “tribales”. Este esfuerzo fue lanzado por un Estado colonial que, como ya hemos visto, era único, ya que gobernaba a las Indias no principalmente por medio de un lenguaje europeo sino por medio del “malayo administrativo”.²⁶ Por tanto, la Nueva Guinea occidental fue “educada” en el mismo lenguaje en que antes fuera educada Indonesia (y que con el tiempo llegaría a ser el lenguaje nacional). Lo irónico es que, de este modo, la *bahasa Indonesia* se convirtió en la *lingua franca* de un pululante nacionalismo de la Nueva Guinea occidental, de la Papúa occidental.²⁷

Pero lo que unió a los jóvenes nacionalistas papúes occidentales, a menudo en continua pugna especialmente después de 1963, fue el mapa. Aunque el Estado indonesio cambió el nombre de la región, de Nueva Guinea occidental, primero a Irian Barat (Irian Occidental) y luego a Irian Jaya, obtuvo su realidad local del atlas (a ojo de pájaro) de la época colonial. Unos cuantos antropólogos, misioneros y funcionarios locales podían conocer y pensar en los ndanis, los asmats y los baudis. Pero el Estado mismo, y por medio de él, la población

²⁵ Osborne, *Indonesia's Secret War*, p. 2.

²⁶ Véase *supra*, p. 110.

²⁷ La mejor señal de esto es que el nombre de la organización guerrillera nacionalista antiindonesia, Organisasi Papua Merdeka (OPM) está compuesta con palabras indonesias.

indonesia en conjunto, sólo veía un “irianés” (*orang Irian*) fantasma, que recibía su nombre *del mapa*; y al ser fantasma, debía ser imaginado en forma casi *logo*: rasgos “negroides”, cubrepenes, etc. De un modo que hoy nos recuerda cómo Indonesia fue imaginada, primero, dentro de la estructura racista de las Indias Orientales Holandesas de comienzos del siglo XX surgió una comunidad nacional “irianesa” en embrión, limitada por el Meridiano 141 y por las provincias contiguas de las Molucas del Norte y del Sur. Cuando su portavoz más conocido y atractivo, Arnold Ap, fue asesinado por el gobierno en 1984, era curador de un museo construido por el Estado, dedicado a la cultura “irianesa” (provinciana).

EL MUSEO

El nexo entre la ocupación de Ap y su asesinato no es accidental, pues los museos y la imaginación museística son profundamente políticos. El hecho de que su museo fuese instituido por la lejana Yakarta nos muestra cómo la nueva nación-Estado de Indonesia aprendió de su antepasado inmediato, las Indias Orientales Holandesas coloniales. La actual proliferación de museos en torno del sudeste de Asia nos sugiere un proceso general de herencia política en acción. Toda comprensión de este proceso exige una consideración de la nueva arqueología colonial decimonónica que hizo posibles semejantes museos.

Hasta los comienzos del siglo XIX, los gobernantes coloniales del sudeste de Asia mostraron muy poco interés en los monumentos antiguos de las civilizaciones que ellos habían sometido. Thomas Stamford Raffles, ominoso emisario de la Calcuta de William Jones, fue el primer funcionario colonial importante que no sólo

amasó una gran colección personal de objetos de arte locales sino que sistemáticamente estudió su historia.²⁸ En adelante, y con creciente velocidad, las grandezas de Borobudur, de Angkor, de Pagan y de otros sitios antiguos fueron sucesivamente desenterradas, sacadas de la selva, medidas, fotografiadas, reconstruidas, apartadas, analizadas y exhibidas.²⁹ Los Servicios Arqueológicos Coloniales se convirtieron en instituciones poderosas y prestigiadas, que solicitaban los servicios de algunos funcionarios-eruditos excepcionalmente capaces.³⁰

²⁸ En 1811, Las fuerzas de la Compañía de las Indias Orientales se apoderaron de todas las posesiones holandesas que había en las Indias (Napoleón había anexado los Países Bajos a Francia el año anterior). Raffles gobernó a Java hasta 1815. Su monumental *Historia de Java* apareció en 1817, dos años después de fundar a Singapur.

²⁹ Llevar al museo a Borobudur, la más grande *stupa* budista del mundo, ejemplifica este proceso. En 1814, el régimen de Raffles “la descubrió” y la hizo sacar de las selvas. En 1845, el aventurero-artista alemán Schaefer (experto en la propaganda de sí mismo) convenció a las autoridades holandesas de Batavia que le pagaran por hacer los primeros daguerrotipos. En 1851, Batavia envió un equipo de empleados del Estado, encabezados por el ingeniero civil F. C. Wilsen, a hacer un estudio sistemático de los bajorrelieves y producir un conjunto “científico” completo de litografías. En 1874, el doctor C. Leemans, director del Museo de Antigüedades de Leyden, publicó a instancias del ministro de Colonias la primera gran monografía académica; dependía mucho de las litografías de Wilsen, pues nunca visitó personalmente el sitio. Durante el decenio de 1880, el fotógrafo profesional Cephas hizo un estudio fotográfico al estilo moderno. En 1901, el régimen colonial estableció una Oudheikundige Commissie (Comisión de Antigüedades). Entre 1907 y 1911, la Comisión supervisó la restauración completa de la *stupa*, a expensas del Estado, por un equipo encabezado por el ingeniero civil Van Erp. Sin duda en reconocimiento de este éxito, la Comisión fue ascendida en 1913, a un Oudheidkundigen Dienst (Servicio de Antigüedades), que conservó el monumento hasta el fin del periodo colonial. Véase C. Leemans, *Boro-Boudour*, pp. ii-iv, y N. J. Krom, *Inleiding tot the Hindoe-Javaansche Kunst*, I, capítulo 1.

³⁰ El virrey Curzon (1899-1905), fanático de las antigüedades, quien,

Estudiar completamente por qué ocurrió esto, y cuándo ocurrió, nos desviaría demasiado. Baste sugerir aquí que el cambio se relacionó con el eclipse de los regímenes comercial-coloniales de las grandes Compañías de las Indias Orientales, y el surgimiento de la auténtica colonia moderna, directamente unida a la metrópoli.³¹ El prestigio del Estado colonial, por consiguiente, quedó ahora relacionado de manera directa con el de su metrópoli. Es de notar cuánto se concentraron los esfuerzos arqueológicos en la restauración de monumentos imponentes (y cómo estos monumentos empezaron a aparecer en los mapas para su distribución e ilustración pública: una especie de censo necrológico

escribe Groslier, “vitalizó” la Archaeological Survey of India, dijo las cosas con mucha claridad: “Es [...] igualmente nuestro deber desenterrar y descubrir, clasificar, reproducir y describir, copiar y descifrar, y querer y conservar.” (Foucault no lo habría dicho mejor.) En 1899, el Archaeological Department of Burma —por entonces, Birmania era parte de la India británica— fue fundado, y pronto comenzó la restauración de Pagan. El año anterior se había establecido en Saigón la École Française d’Extrême Orient, seguida casi al instante por un Directorio de Museos y de Monumentos Históricos de Indochina. Poco después de que los franceses arrancaron Siemreap y Bantambang a Siam, en 1907, fue establecida una Angkor Conservancy, para “curzonizar” los monumentos antiguos más imponentes del sudeste de Asia. Véase Bernard Philippe Groslier, *Indochina*, pp. 155-157, 174-177. Como ya se observó, la colonial Comisión Holandesa de Antigüedades fue fundada en 1901. La coincidencia de las fechas —1899, 1898, 1901— no sólo muestra la desconfianza con que las potencias coloniales rivales se observaban unas a otras, sino los cambios del imperialismo, en el mar, para fines del siglo. Como podía esperarse, el Siam independiente avanzó con mayor lentitud. Su Servicio Arqueológico fue organizado en 1924, y su Museo Nacional en 1926. Véase Charles Higham, *The Archaeology of Mainland Southeast Asia*, p. 25.

³¹ La VOC fue liquidada, en bancarota, en 1799. Sin embargo, la colonia de las Indias Holandesas data de 1815, cuando la independencia de los Países Bajos fue restablecida por la Santa Alianza, y Guillermo I de Orange fue puesto en un trono holandés, inventado

ya estaba en camino. Sin duda, este hincapié reflejó la moda orientalista general. Pero los considerables fondos invertidos nos permiten sospechar que el Estado tenía sus propias razones no científicas, tres de las cuales se sugieren por sí solas; de ellas, la última es la más importante.

En primer lugar, el momento en que el auge arqueológico coincidió con la primera lucha política por la política educativa del Estado.³² Los “progresistas” —tanto coloniales como aborígenes— estaban pidiendo grandes inversiones en las escuelas modernas. Contra ellos se alinearon los conservadores, temerosos de las consecuencias a largo plazo de tales escuelas, quienes preferían que los aborígenes siguieran siendo aborígenes. Bajo esta luz, las restauraciones arqueológicas —que pronto fueron seguidas por ediciones impresas de textos literarios tradicionales, bajo patrocinio del Estado— pueden verse como una especie de programa educativo conservador, que también sirvió como pretexto para resistir a la presión de los progresistas. En segundo lugar, el programa ideológico formal de las reconstrucciones

en 1806 por Napoleón y por su bondadoso hermano Luis. La Compañía Británica de las Indias Orientales sobrevivió hasta el gran Motín de la India de 1857.

³² La Oudheikundige Commissie fue establecida por el mismo gobierno que (en 1901) inauguró “Política Ética” para las Indias, política que por primera vez tendía a establecer un sistema de educación al estilo occidental, para números considerables de los colonizados. Paul Doumer (1897-1902), gobernador general, creó el Directorio de Museos y Monumentos Históricos de Indochina y el apartado educativo moderno de la colonia. En Birmania la enorme extensión de la educación superior —que entre 1900 y 1940 octuplicó el número de estudiantes de secundaria, pasando de 27 401 a 233 453, y multiplicó por 20 el número de estudiantes de preparatoria, pasando de 115 a 2 365— comenzó precisamente cuando entraba en acción el Departamento Arqueológico de Birmania. Véase Robert H. Taylor, *The State in Burma*, p. 114.

siempre colocó a los constructores de los monumentos y a los aborígenes coloniales en una determinada jerarquía. En algunos casos, como en las Indias Orientales Holandesas hasta el decenio de 1930, se sostuvo la idea de que los constructores en realidad no eran de la misma “raza” que los aborígenes (se les llamaba inmigrantes “realmente” indios).³³ En otros casos, como en Birmania, lo que se imaginó fue una decadencia secular, hasta tal punto que los aborígenes contemporáneos ya no eran capaces de lo que fueran sus antepasados putativos. Vistos bajo esta luz, los monumentos reconstruidos, yuxtapuestos a la pobreza rural circundante, decían a los aborígenes: Vuestra presencia misma muestra que siempre, o desde hace mucho tiempo, habéis sido incapaces de alcanzar la grandeza o de autogobernaros.

La tercera razón nos lleva más adentro, y más cerca del mapa. Ya hemos visto, en nuestro análisis del “mapa histórico”, cómo los regímenes coloniales empezaron a dedicarse tanto a la antigüedad como a la conquista, originalmente por razones directamente maquiavélico-legalistas. Sin embargo, con el paso del tiempo se habló cada vez menos con franca brutalidad del derecho de conquista, y se hicieron más y más esfuerzos por crear otras legitimidades. Más y más europeos nacían en el sudeste de Asia, y se veían tentados a hacer ahí su hogar. La arqueología monumental, cada vez más relacionada con el turismo, permitió al Estado presentarse como guardián de una tradición generalizada pero también local. Los antiguos sitios sagrados serían incorporados

³³ Influidos en parte por este tipo de pensamiento, los intelectuales, arqueólogos y funcionarios tailandeses conservadores siguen hasta el día de hoy atribuyendo Angkor al misterioso Khom, que desapareció sin dejar huellas y que ciertamente no tenía ninguna conexión con los despreciados camboyanos de hoy.

al mapa de la colonia, y su antiguo prestigio (que, si había desaparecido, como a menudo ocurría, el Estado intentaría resucitarlo) recaería sobre los cartógrafos. Esta paradójica situación resulta simpáticamente ilustrada por el hecho de que los monumentos reconstruidos a menudo tenían a su alrededor unos bien cuidados prados, y siempre cuadros explicativos, completos, con fechas aquí y allá. Además, debían permanecer vacíos, con excepción de los turistas a pie (en lo posible, se evitarían las ceremonias religiosas o las peregrinaciones). Convertidos así en museos, resurgieron como insignias de un Estado colonial *secular*.

Pero, como ya hemos observado, un rasgo característico de los recursos de este Estado profano fue su infinita capacidad de dejarse reproducir, capacidad hecha técnicamente posible por la imprenta y la fotografía, pero político-culturalmente por el hecho de que los propios gobernantes no creían en lo sagrado de los sitios locales. Por doquier puede notarse una especie de progresión: 1) Unos informes arqueológicos enormes, avanzados en lo técnico, completos con docenas de fotografías que registraban el proceso de reconstrucción de ruinas particulares; 2) Libros profusamente ilustrados para el consumo público, incluyendo magníficas láminas de todos los grandes sitios reconstruidos *dentro de la colonia* (tanto mejor si, como en las Indias Holandesas, santuarios hindú-budistas podían quedar yuxtapuestos a restauradas mezquitas islámicas).³⁴ Gracias al capitalismo de imprenta, se dispone de una especie de

³⁴ Un buen ejemplo tardío es *Ancient Indonesian Art*, del erudito holandés A. J. Bernet Kempers, que se llama a sí mismo "ex director de Arqueología en Indonesia [sic]", En las páginas 24 y 25 vemos unos mapas que muestran la ubicación de los sitios antiguos. El primero es especialmente instructivo, ya que su forma rectangular (enmarcada al Este por el meridiano 141), de mala gana incluye el Mir-

censo pictórico del patrimonio del Estado, aunque con un alto costo para los súbditos del Estado; 3) Una general "logoización", que es posible por los procesos profanadores ya descritos. Estampillas postales, con sus series características —aves tropicales, frutas, fauna, ¿y por qué no monumentos?— ejemplifican esta etapa. Pero las tarjetas postales y los libros de texto siguen la misma lógica: de ahí sólo hay un paso al mercado: Hotel Pagan, *Borobudur Fried Chicken*, etcétera.

Mientras que este tipo de arqueología, que maduraba en la época de la reproducción mecánica, era profundamente política, política en un grado tan profundo que casi todos, incluyendo al personal del Estado colonial (que, en la década de 1930 en realidad era 90% aborigen en la mayor parte del Asia sudoriental) ignoraban este hecho. Todo se había vuelto normal y cotidiano. Y era precisamente la infinita reproducción cotidiana de estos símbolos la que revelaba el auténtico poder del Estado.

Tal vez no resulte demasiado sorprendente que los Estados posteriores a la independencia y que mostraron marcadas continuidades con sus predecesores coloniales, heredaran esta forma de museos políticos. Por ejemplo: el 9 de noviembre de 1968, como parte de las celebraciones que conmemoraron el decimoquinto aniversario de la independencia de Camboya, Norodom Sihanouk mandó exhibir una gran réplica de madera y *papier mâché* del gran templo de Bayon, de Angkor, en el estadio nacional de los deportes, en Phnom Penh.³⁵ Esta

danao filipino así como el norte de Borneo de la Malasia británica, la Malaya peninsular y Singapur. Todos ellos carecen de los sitios arqueológicos, en realidad, de toda clase de nombres, salvo de un inexplicable "Kedah". El cambio del hindú-budismo al Islam aparece después de la Lámina número 340.

³⁵ Para algunas curiosas fotografías, véase *Kambuja*, p. 55 (15 de diciembre de 1968).

réplica era excepcionalmente burda, pero sirvió a su propósito: el reconocimiento instantáneo de la “logotización” de la época colonial por medio de una historia. “Ah, nuestro Bayon”, pero habiendo disipado totalmente el recuerdo de los restauradores coloniales franceses. El Angkor Wat, reconstruido por los franceses, también en forma de “rompecabezas” se convirtió, como ya observamos en el capítulo IX, en símbolo central de las sucesivas banderas de los regímenes monarquista de Sihanouk, militarista de Lon Nol y jacobino de Pol Pot.

Más sorprendente aún es el testimonio de la herencia en un nivel más popular. Un ejemplo revelador es una serie de pinturas de episodios de la historia nacional, encargada por el Ministerio de Educación de Indonesia en el decenio de 1950. Las pinturas serían reproducidas en serie y distribuidas por todo el sistema de escuelas primarias; en las paredes de las aulas de los jóvenes indonesios habría, por doquier, representaciones visuales del pasado de su país. Casi siempre, el fondo se había hecho en el predecible estilo sentimental-naturalista del arte comercial de comienzos del siglo XX, y las figuras humanas habían salido, o bien de los dioramas de museo de la época colonial, o bien del popular drama folklórico seudohistórico *wayang orang*. Sin embargo, la más interesante de las series ofrecía a los niños una representación del Borobudur. En realidad, este monumento colosal, con sus 504 imágenes de Buda, 1 460 paneles pictóricos y 1 212 paneles de piedra tallada, es un fantástico depósito de escultura javanesa antigua. Pero el artista bien considerado imagina las maravillas de su apogeo, en el siglo IX d.C. con instructiva perversidad. El Borobudur está pintado completamente de blanco, sin ningún rastro de escultura visible. Rodeado por bien cuidados prados y bonitas avenidas

flanqueadas por árboles, *no hay a la vista ni un solo ser humano*.³⁶ Podría argüirse que este vacío refleja la incomodidad de un pintor musulmán contemporáneo ante una antigua realidad budista. Pero yo sospecho que en realidad estamos viendo un descendiente lineal inconsciente de la arqueología colonial: el Borobudur como símbolo del Estado y, “desde luego, su” logotipo. Un Borobudur tanto más poderoso cuanto que es símbolo de la identidad nacional, porque todos tienen conciencia de su ubicación en una serie infinita de Borobudurs idénticos.

Entrelazados entre sí, entonces, el censo, el mapa y el museo iluminan el estilo de pensamiento en el Estado colonial tardío, acerca de su propio dominio. La “urdimbre” de este pensamiento fue una red totalmente clasificatoria, que podía aplicarse con interminable flexibilidad a todo lo que se encontrara bajo el dominio real o supuesto del Estado: pueblos, regiones, religiones, lenguajes, productos, monumentos, etc. El efecto de la red sería ser capaz de decir siempre de algo, que era esto y no aquello; correspondía aquí, y no allá. Estaba limitado, determinado, y por tanto —en principio— era contable. (Los cómicos rubros del censo, clasificatorios y subclasificatorios, llamados “Otros” ocultaban todas las anomalías de la vida real, mediante un espléndido *trompe l'oeil* burocrático.) La “urdimbre” era lo que podríamos llamar serialización: la suposición de que el mundo estaba integrado por plurales duplicables. Lo particular siempre aparecía como representativo provisional de una serie, y había de manejarse de esta manera. Por ello el Estado colonial imaginó una serie de chinos antes

³⁶ Este estudio se basa en material analizado más plenamente en *Language and Power*, capítulo 5.

que a ningún chino, y una serie de nacionalistas antes de la aparición de ningún nacionalista.

Nadie ha encontrado una metáfora mejor para este estado mental que el gran novelista indonesio Pramoedy Ananta Toer, quien intituló *Rumah Kaca* —la Casa de Cristal— el volumen final de su tetralogía sobre el periodo colonial. Es una imagen, tan poderosa como el Panopticon de Bentham, de una total capacidad de supervisión, pues el Estado colonial no sólo aspiraba a crear, bajo su dominio, un paisaje humano de perfecta visibilidad; la condición de esta “visibilidad” era que todos y todo tuviera un número de serie (por decirlo así).³⁷ Este estilo de imágenes no sale de la nada. Fue producto de las tecnologías de la navegación, la astronomía, la horología, la agrimensura, la fotografía y la imprenta, para no hablar del penetrante poder del capitalismo.

De este modo, el mapa y el censo crearon la gramática que con el tiempo haría posibles “Birmania” y “birmano”, “Indonesia” e “indonesio”. Pero la concreción de estas posibilidades —concreciones que hoy tienen una vida poderosa, mucho después de haber desaparecido el Estado colonial— debió mucho a las peculiares imágenes de la historia del poder que presentó el Estado colonial. La arqueología fue una empresa inimaginable en el Asia sudoriental precolonial; fue adoptada en el no colonizado Siam ya muy avanzado el juego, y a la manera del Estado colonial. Creó la serie “monumen-

³⁷ Un resultado político ejemplar de las imágenes de la Casa de Cristal —un resultado del cual está dolorosamente consciente el expreso político Pramodya— es la tarjeta clasificatoria ID que todos los indonesios adultos deben llevar consigo en todo momento. Esta ID es isomórfica con el censo: representa una especie de censo político, con perforaciones especiales para quienes aparecen en las subseries “subversivos” y “traidores”. Es notable que este estilo de censo sólo fuese perfeccionado tras la independencia nacional.

tos antiguos”, segmentada dentro del rubro clasificatorio geográfico-demográfico “Indias Holandesas” y “Birmania británica”. Concebida dentro de esta serie profana, cada ruina quedaba sometida a supervisión y a infinitas réplicas. Y cuando el servicio arqueológico del Estado colonial hizo técnicamente posible reunir la serie en forma cartografiada y fotografiada, el Estado mismo pudo considerar la serie, en el tiempo histórico, como un álbum de sus antepasados. La cosa clave nunca era el Borobudur específico, ni el Pagan específico, en los cuales el Estado no tenía un interés especial y con el que sólo tenía conexiones arqueológicas. Sin embargo, la *serie* replicable creó una histórica profundidad de campo fácilmente heredada por el sucesor poscolonial del Estado. El resultado lógico final fue el logotipo —de “Pagan” o “Las Filipinas”: había poca diferencia— que por su vacío, su contextualidad, su capacidad visual de ser recordado y su infinita capacidad de ser reproducido en todas direcciones llevó al censo y al mapa, a la urdimbre y al tejido, a un abrazo inseparable.